

La venganza de la historia

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Finalmente, el canciller Olaf Scholz enviará 14 Leopard 2 a Ucrania, habiendo cedido a las enormes presiones a las que se ha visto sometido en las últimas semanas. Para ello han sido determinantes las conversaciones con Joe Biden, quien asimismo ha resuelto expedir una treintena de Abrams, cuando el Pentágono se oponía a ello. El secretario de Defensa, Colin Kahl, había rechazado su entrega por la complejidad en su manejo, ser caros, requerir un largo adiestramiento y consumir mucho combustible. Nada de esto ha servido para que el inquilino de la Casa Blanca haya tomado su decisión en coordinación con Berlín con tal de mantener la unidad de los socios frente a Rusia. Sería, pues, más un acto simbólico y político que propiamente militar, han apuntado ciertos analistas. De hecho, el número de tanques necesario para cambiar el curso de la guerra sería bastante mayor del que Occidente va a enviar. Aparte de que su efectividad depende en gran medida del apoyo aéreo. De ahí las nuevas reclamaciones de Zelenski: aviones de combate y misiles de largo alcance. De momento, ya le han dicho que no, aunque igualmente se lo dijeron a los blindados y para primavera seguramente contará con las primeras unidades. En consecuencia, para el mandatario ucraniano, todo es cuestión de insistir y esperar. De modo que ¿hasta dónde están dispuestos los miembros de la OTAN a implicarse en este conflicto? Porque a continuación Zelenski pedirá soldados, evidentemente.

Dejando ahora el debate de si estamos o no a las puertas de la Tercera Guerra Mundial, conviene detenerse en algunos de los aliados que más insistentemente están hablando de ceder los Leopard. Me estoy refiriendo a Polonia, Lituania, Letonia y Estonia. Por supuesto, no son los únicos, pero, con el presidente polaco Andrzej Duda a la cabeza, vienen haciendo de ariete desde hace tiempo. Es decir, un antiguo miembro del Pacto de Varsovia y tres ex repúblicas de la Unión Soviética. Si tenemos en cuenta cómo ha sido la historia de estas cuatro naciones desde mediados del siglo XX no me extraña demasiado su planteamiento. Quisiera recordar que la Segunda Guerra Mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939 tras la entrada de las tropas germanas en suelo polaco. Sólo unos días antes, el 23 de agosto, se firmó en Moscú el Tratado de no Agresión entre Alemania y la URSS, el conocido como Pacto Ribbentrop-Molotov, sendos ministros de Asuntos Exteriores, en virtud del cual ambas potencias se repartían la Europa Oriental: Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia. Desde luego, el plan no se hizo esperar y Hitler inició pronto su ofensiva en Polonia. Tampoco Stalin se quedó corto y no tardaría en conquistar zonas de Polonia y Finlandia y convertir a los tres países bálticos en repúblicas soviéticas. Incluso, en la primavera de 1940, en los bosques de Katyn, Rusia, cerca de 22.000 polacos fueron masacrados. La mayoría eran militares y policías, pero también civiles. A partir de ese momento la historia de Polonia, Lituania, Letonia y Estonia cambió radicalmente. Como ha demostrado Anne Applebaum en “El Telón de acero”, se produjo una auténtica destrucción de las instituciones y de la sociedad civil polaca bajo el yugo de la dictadura comunista, que aspiró a establecer un sistema estalinista. Es verdad que Polonia mantuvo su independencia, aunque a un precio desorbitado y bajo el mandato del Kremlin. Por eso, en el momento en que las autoridades soviéticas aflojaron un poco, la oposición, encabezada por el sindicato Solidaridad, entabló una auténtica lucha de liberación.

Por su parte, ya he comentado que Lituania, Letonia y Estonia se integraron en la URSS como repúblicas federadas. Pertenecientes al imperio ruso desde el siglo

XVIII, las tres accedieron a su emancipación durante la guerra civil entre bolcheviques y zaristas después de la revolución de octubre de 1917 y la ocupación de Petrogrado. Como los primeros no podían mantener este conflicto y la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial, Lenin y sus camaradas apostaron por firmar la paz de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918, renunciando, entre otros territorios, a los bálticos, que de esta forma confirmaban su soberanía, empezando un periodo de crecimiento económico, durante los años veinte y treinta, en absoluto desdeñables. No obstante, gracias al acuerdo Ribbentrop-Molotov, las tres terminaron siendo engullidas por la URSS, abriéndose, según el premio nobel de Literatura Czeslaw Milosz en “Pensamiento cautivo”, una etapa muy oscura bajo un comunismo despiadado que nada tenía que ver con las tradiciones de una región muy vinculada a Occidente desde la Edad Media gracias a la Liga Hanseática.

Con un pasado tan turbulento y donde la bota soviética siempre cercenó libertades, costumbres y formas de vida, resulta lógico que estos estados sean de los más beligerantes en Europa en su postura antirrusa. Su historia parece reclamar venganza para poner en su sitio al Kremlin y evitar nuevas invasiones como la de Ucrania. Algo que puedo entender por su cercanía, si bien una actitud extrema en este sentido podría desbordar el conflicto fuera de sus límites actuales y generar un problema mayor en el continente.

28 de enero de 2023

Publicado en *El Diario Vasco*, 1 de febrero de 2023, p. 22